

—No,—dijo la Marquesa con gran altivez.—Nosotros no somos de los que se humillan é imploran. Nuestra posición, por triste que sea, es clara y digna, y por nada la cambiaré. Para decir á mi hija la triste verdad, esperaré á que los compromisos de mi sobrino con su nueva novia sean irrevocables, porque con un hombre tan caprichoso como el Duque de Bligny,—añadió la señora de Beaulieu sonriendo amargamente,—no se puede responder de nada, y acaso todavía mude de propósito.

—Como V. guste. No seré yo quien censure esta determinación, y á decir verdad, esperaba oír hablar á V. así; pero he considerado deber mío proponerla esta gestión conciliadora. Suceda lo que quiera, la razón y la dignidad están de vuestra parte, y aunque vierta algunas lágrimas en secreto, no habrá motivo para que se avergüence en público. No diré otro tanto de Bligny.

Oyóse en la escalera principal ruido de pasos acompañado de murmullos de alegres voces. Descuidados y risueños bajaban Octavio y Clara con la vivaracha Baronesa, que había excitado su buen humor.

Abrióse la puerta del salón, y como desbordado torrente, entró la señora de Prefont precediendo á sus primos en la solemne y sombría estancia.

—¡Dios mío! ¡Están VV. sin luz! ¡Qué lobreguez!—exclamó la Baronesa.— Si pa-

rece que hablan VV. en el fondo de una tumba... Tía mía, V. nos mima. El Barón y yo tenemos las mejores habitaciones del palacio. Nos vamos á encontrar tan bien aquí, que no querremos irnos.

—Tanto mejor, querida mía; pero supongo que el viaje os habrá despertado el apetito. Vamos, pues, á comer.

En el mismo instante y como si hubieran sido oídas las palabras de la señora de Beaulieu, fué abierta de par en par la puerta del comedor; un torrente de luz hizo brillar los aparadores llenos de porcelanas antiguas y de mazizas piezas de plata, y la voz grave y reposada de un criado pronunció estas palabras: «Señora, la mesa está servida.»

VI.

Al día siguiente de la llegada á Beaulieu de los señores de Prefont, y muy á punto para despertar algún interés á la Baronesa, que empezaba á encontrar ya la vida del campo algo aburrida, presentóse en el palacio el señor Derblay acompañado de su hermana.

Bajo una gran tienda de lienzo rayado de gris y rojo, gozaban los habitantes de Beaulieu de la deliciosa temperatura de uno de esos bellos días de octubre, últimas sonrisas

del año, pronto ya á convertirse en triste y frío. En los bosquecillos del parque, engañados por el calor del sol, se habían puesto á cantar los pájaros como en el verano, y sobre la brillante arena de la terraza dos mirlos de pico amarillo disputábanse silbando las migajas de pan que el Marqués había arrojado por el balcón del comedor. Envuelta en sus chales y adormecida por el tibio ambiente, oía sin atender la Marquesa la conversación de Clara y Sofia, apoyadas en la balaustrada de granito rosa. Grave-mente recostado en una mecedora, lanzaba el Barón hacia el cielo con calculada lentitud las bocanadas de humo de su cigarro. El Marqués dibujaba á hurtadillas en una página de su álbum una silueta de las dos jóvenes, que destacaban elegantes y graciosas en el fondo claro del horizonte. La calma era tan profunda, que poco á poco fué apoderándose de todos deliciosa y profunda languidez, adormeciendo cuerpo y espíritu.

Los pasos de un criado, que hacían crujir la arena, despertaron á todos de esta somnolencia física y moral; la Marquesa abrió los ojos; Clara y la Baronesa se volvieron, dejando de mirar vagamente al valle; el Marqués metió precipitadamente el álbum en el bolsillo, y solo el Barón, avaro de movimientos inútiles, se limitó á inclinar ligeramente la cabeza.

—El señor y la señorita Derblay pregun-

tan si la señora Marquesa recibe,—dijo el criado.

Al oír estas palabras, frunció imperceptiblemente Clara el entrecejo. El nombre del hombre por quien se sentía instintivamente perseguida pronunciado allí, en su casa, le desagradó. Presintiendo que aquella persona influiría en su vida, sintióse predispuesta á combatir esta influencia.

Repentina amargura inundó su corazón, porque ya tenía en el fondo del alma una idea confusa de que su novio la abandonaba, y preguntóse cómo después de sus apasionadas demostraciones, por tímidas que fuesen, se atrevía el señor Derblay á presentarse en el palacio.

Cierto era que Bachelin anunció su visita y que se trataba de una especie de reconciliación para terminar disgustos entre vecinos, pero este negocio podía ser un pretexto. ¿Era aquel hombre tan atrevido, que al verla abandonada por el Duque concebía la idea de aproximarse á ella? Todas estas reflexiones, algo confusas todavía, pasaron rápidamente por su espíritu y fueron punto de partida de su aversión á Felipe.

—¡Recíbalo V., tía, recíbalo V.!—exclamó la Baronesa.—Tengo mucha curiosidad por conocer al amo de la ferrería. Nos divertirá, y haremos charlar á su hermana de lo que pasa en la aldea. Acaso vista el traje del país ¡Oh, qué bonito será!

—Claro es, hija mía, que deseo recibirle,—respondió la Marquesa sonriendo.

Y dirigiéndose al criado que esperaba inmóvil, añadió:

—Ruegue V. al señor y á la señorita Derblay que tengan la bondad de venir aquí.

Hubo un momento de silencio, é inmediatamente después abrióse la ancha puerta del salón, apareciendo sobre la escalinata Felipe y Susana. Un rayo de sol iluminó la morena y varonil figura de Felipe, que se mostraba en todo su vigor tranquilo y sereno. Con su largo gabán negro abrochado, parecía más alto de lo que era en realidad. Vestida su hermana con un sencillo traje de paño azul oscuro, estrechábase tímidamente á él, inquieta y sin embargo resuelta, fijando en su hermano la mirada de sus grandes ojos, como para infundirle valor.

La Marquesa se había levantado adelantándose á recibir la visita.

Con gran respeto, Felipe inclinóse ante ella balbuceando algunas palabras entrecortadas, cuya confusión hizo sonreír á la noble señora, que para evitar la cortedad del joven cogió la mano de Susana con encantadora gracia, y la dijo:

—Diga V. á su hermano que tengo mucho gusto en recibirle en mi casa.

Levantó Felipe la inclinada frente, y dijo con acento de profunda gratitud:

—No sé como agradecer á V., señora Marquesa, la benévola acogida que hace á mi hermana; es una niña que ha crecido junto á mí, sin los cuidados de una madre, y que necesita lecciones y consejos. De nadie los recibiría mejores que de V., si quisiera hacerme el favor de interesarse por ella.

Miró la señora de Beaulieu más atentamente á Susana, y le agradó mucho la gracia ingenua y sencilla de la joven.

—Venga V. acá que la bese, querida mía.

Y rozó con sus labios los rubios cabellos de Susana.

—Ya está firmada la paz sobre la frente de esta niña,—añadió la Marquesa dirigiéndose á Felipe.—Todos vuestros pecados quedan perdonados, vecino; y ahora venga usted que le presente mi familia.

Y designando al mismo tiempo con la mano á Octavio que se acercaba á ellos, dijo:

—Mi hijo el Marqués de Beaulieu.

—Esta presentación es inútil, mamá,—dijo el Marqués con franco acento, alargando la mano á Felipe.—El Sr. Derblay y yo nos hemos encontrado ya. ¡Diablo, querido vecino, tiene V. unas piernas excelentes! Y vuestras liebres, que yo marro á la perfección, no corren tanto como V. cuando desea que no se le alcance.

—Perdóneme V., señor Marqués,—respondió Felipe sonriendo;—no le había dicho quién era, y pareciéndome que no le animaban sentimientos muy simpáticos á mi persona, temí no ser bien acogido si renunciaba al incógnito.

—No conocía á V. entonces sino por las cuestiones habidas entre nosotros; ahora ya es distinto, y creo que seremos buenos amigos... Pero tenga V. la bondad de presentarme á la señorita Derblay.

El encanto de Susana producía efecto, y presuroso y atento acercóse Octavio á la joven. Volvióse entonces la señora de Beaulieu hacia Felipe, y designándole á la Baronesa y á Clara, dijo:

—El Sr. Derblay, dueño de la ferrería de Pont-Avesnes...

E indicando después á las dos jóvenes, añadió:

—Mi sobrina la Baronesa de Prefont, y mi hija la señorita de Beaulieu.

El rubor enrojeció el semblante de Felipe, y sin atreverse á mirar á la que adoraba, inclinóse tan profundamente, que parecía iba á arrodillarse.

—¡Pero, querida, es un caballero!—cuchicheó la Baronesa al oído de Clara.—¡Y yo que me lo figuraba con los brazos desnudos, el mandil de cuero sobre las rodillas y las limaduras en los cabellos! ¡Dios me perdone; está condecorado! ¡Y el Barón

no lo está! ¡Verdad es que con este régimen político que sufrimos!... En fin, esto es extraordinario. ¿No maneja el martillo? Mírale... Es increíble... Tiene muy buen aspecto... y los ojos son admirables.

Clara, que hasta entonces había apartado la vista, miró casi duramente á Felipe. Presa de oculta ira, hubiera querido encontrar palabras humillantes y miradas ofensivas para dirigirlas á aquel audaz. Su vigoroso cuerpo parecíale vulgar, chocándole todo, hasta el traje sombrío y severo que le daba serio y digno aspecto. Al mismo tiempo, y como en rápida visión, pasó la figura del Duque ante sus ojos. Distinguió claramente el cuerpo delgado y elegante de Gastón, con su rostro ovalado, sus cabellos castaños, sus ojos azules y su boca finísima, á cuyos lados caía el largo bigote rubio. Entró Felipe presente y el fantasma del Duque, el contraste era completo. Encarnaba aquél en su robusta persona la sana solidez de la burguesía; era Bligny tipo perfecto de la gracia delicada y de la naturaleza un tanto débil de los nobles.

La mirada de la joven sobrecogió á Felipe, cuyos pies habían arraigado al parecer en el suelo. Profundamente turbado, intentó librarse del examen hostil de aquellos ojos, y quiso acercarse al Marqués, que hablaba con Susana, á fin de estar al lado de alguno que le fuese benévolo, pero no pudo.

Maquinalmente se miró, encontrándose vulgar y sin elegancia. Con gran disgusto comparóse á los otros dos jóvenes, vestidos de un modo tan sencillo y elegante, y su gabán de paño negro de hechura de provincia parecióle feísimo. Creyó estar grotesco con su sombrero de alta copa en la mano, y sufrió horriblemente.

En aquel momento hubiera dado diez años de vida por tener traje y soltura como el Barón y Octavio. Pensó que jamás olvidaría Clara el aspecto con que se había presentado por primera vez ante ella, y que quedaría siempre en el ánimo de la joven recuerdo desfavorable de su persona. Midió exactamente la distancia que había entre la señorita de Beaulieu, aun arruinada, y el ferrón de Pont-Avesnes, y, desesperado, se reprochó haber sido bastante loco para poner los ojos donde no podía llegar, por ambicioso que fuera. La voz de Octavio le sacó de estas preocupaciones.

—Aquí tenemos, señor Derblay, quien puede competir con V. en asuntos industriales; mi primo, el Barón de Prefont, un verdadero sabio...

—Dí más bien un hombre estudioso, mi querido Octavio,—interrumpió con dulzura el Barón.—El campo de la ciencia es demasiado vasto para que tenga yo otra pretensión que la de haber explorado pequeñísima parte...

Vuelto en sí Felipe, buscó con la vista á la señorita de Beaulieu, que se había alejado paseando lentamente á lo largo de la terraza en compañía de la Baronesa. Con el cabo de su sombrilla de seda roja iba golpeando maquinalmente las flores de un rosal trepador que enlazaba sus ramas á los balaustres de piedra.

El dueño de la ferrería exhaló un suspiro y apartó la vista de aquel encantador espectáculo.

—No es la primera vez—dijo—que oigo el nombre del Sr. de Prefont.

Y al ver que el Barón hacía un ademán de delicada protesta, añadió:

—¿No es este caballero autor de un importante trabajo sobre cementación? Yo me he ocupado mucho de este asunto, y he leído con viva curiosidad la Memoria que ha remitido V. á la Academia de Ciencias.

—¡Oh! ¡oh! Barón,—exclamó alegremente Octavio,—de seguro no esperabas ser conocido en estas montañas. Ya ves, chico, que estás en camino de la celebridad, que tu nombre ha llegado hasta las campiñas, y que á tu antigua divisa *Fortis gladio*, es preciso añadir *et penná*. No creas que me burlo de tí. Si pudiera, te imitaría.

Maldito si se cuidaba el Barón de lo que el Marqués decía. Encantado de encontrar un oyente capaz de comprenderle, empeñóse en ardua disertación sobre el modo de fun-

dir el acero, y ni la intervención de la Baronesa le hubiera distraído de este asunto. Sustituyendo á su habitual tiesura inglesa una amabilidad muy expansiva, golpeaba sus manos imitando el ruido de las máquinas, en apoyo de su tesis. Gesticulando con animación, cogióse al brazo del Sr. Derblay para asegurarse bien de que no se le escaparía.

Pero Felipe no tenía deseo alguno de sustraerse á la invasora familiaridad de su interlocutor; muy al contrario, le excitaba á seguir hablando, dichoso de hallar un imprevisto aliado en aquella casa, donde se encontraba tan fuera de su centro; y el Barón, por demás satisfecho, hablaba sin cesar, llamando ya á Felipe «mi querido amigo,» cosa que no hubiera hecho por ningún otro ni á los tres meses de continuas relaciones. Su común preocupación científica les había hecho amigos en un momento, como framaciones que cambian misteriosamente sus signos al darse la mano.

—¿Y extrae V. mismo el mineral? ¡Qué interesante debe ser vuestra explotación!—decía el Barón.—Mañana por la mañana bajaré á Pont-Avesnes para que me enseñe usted sus talleres. ¿Tendrá V. muchos trabajadores?

—Dos mil.

—¡Es admirable! ¿Y cuántos altos hornos?

—Diez, cuyo fuego no se apaga en todo

el año. Verá V. también mi martillo pilón que pesa cuarenta mil kilos y maniobra con tal precisión, que le hará V. bajar sobre un huevo y tocarle sin romper la cáscara.

—Pero con una herramienta de esa clase puede V. hacer concurrencia al Creuzot mismo.

—Seguramente; y aquí hacemos en pequeño lo que allí se hace en inmensas proporciones.

—Sepa V., querido amigo, que es una dicha para mí haberle encontrado,—dijo el Barón con alegría.—Pensaba irme á Suiza con la Baronesa á fines de esta semana, pero ¡vaya al diablo el viaje!... Me quedo aquí, ya lo sabe V... vamos á hacer experimentos... ¿Tiene V. laboratorio? ¡Sí! ¿Es usted químico? ¡Perfectamente! Usted es uno de los hombres más agradables que he encontrado en mi vida.

Y del brazo de Felipe empezó á pasear por la terraza.

—¿Qué diablos tiene mi marido?—preguntó la Baronesa acercándose con Clara.

—Pues nada, querida prima,—respondió risueño Octavio;—que ha encontrado en el Sr. Derblay la horma de su zapato, y se entrega á su manía favorita.

—¡Pues ya tiene para rato, si no se le corta el hilo!

—¿Y por qué se le ha de cortar?—dijo el Marqués.—¿Te parece mal acaso esa con-

fraternidad del Sr. Derblay y de Prefont? Tu marido, querida mía, descendiente de ilustres antepasados, encarna en su persona diez siglos de guerrera grandeza; el señor Derblay, hijo de industriales, representa sólo un siglo, el que ha producido el vapor, el gas y la electricidad, y te confieso que por mi parte admiro el repentino buen acuerdo de esos dos hombres que representan con su intimidad, nacida de mutua estimación, lo que hace á un país grande y poderoso: la gloria del pasado, y el progreso en lo presente.

—Ya se conoce, Octavio, que eres abogado. Hablas muy bien; pero permíteme decirte que, para hijo de tu padre, me pareces un poco demócrata.

—¡Qué quieres, prima!—replicó riendo el joven;—la democracia nos invade. Procuremos constituir una aristocracia dentro de la misma democracia, y para conseguirlo tomemos por nivel la medianía y pongamos sobre ella cuanto tenga verdadero mérito: así fundaremos la aristocracia del talento, la única digna de suceder á la aristocracia de nacimiento. Por lo demás, al hacer esto imitaremos lo que hicieron nuestros antepasados. ¿Crees tú que los fundadores de nuestras casas eran nobles? Por su valor se elevaron sobre los demás hombres. El primer Prefont llamábase, pura y sencillamente, Gaucher, y se hizo famoso como bravo sol-

dado. Ennoblecido por sus belicosos hechos y rico por el botín, al volver de Palestina tomó el nombre del sitio donde nació. Por obra y gracia del capitán Gaucher eres tú baronesa, querida mía. ¿Por qué hemos de negar hoy á hombres que quizá valen tanto como tu antecesor el derecho de sobresalir del vulgo? Antes se decía: ¡Honor á los más bravos! Ahora decimos: ¡Plaza á los más inteligentes!

—Bien pensado y bien dicho, señor Marqués, y ruego á la señora Baronesa que me perdone no ser de su opinión,—dijo una voz sonora detrás de un bosquecillo.

Al mismo tiempo presentose en una esquina de la terraza Bachelin, enrojecido el semblante, con el sombrero en la mano y la cartera atestada de papeles debajo del brazo, como de costumbre.

—¡Hola! Bachelin, llega V. á tiempo,—exclamó alegremente la Baronesa.—Ustedes los golillas, todos son del tercer estado, y en provecho suyo se ha hecho la Revolución. Pero se presenta V. como diablo que sale por escotillón. ¿Por dónde ha venido?

—He atravesado el parque, y vengo de la Varenne. He dejado mi carricoche junto á la puerta pequeña... Pero perdón...

Y volviéndose hacia la señora de Beaulieu que se aproximaba con Susana, añadió:

—Señora Marquesa, saludo á V. respetuosamente, y con el mayor afecto á la se-

ñorita Susana. Hace hoy un calor extraordinario, y he venido apresuradamente porque tenía empeño en encontrarme aquí al mismo tiempo que el Sr. Derblay; pero me ha detenido la obligación de firmar una escritura importante, escritura que me causa gran pesar, señora Marquesa, porque es la de la venta de la Varenne.

—¡Ah! ¿Por fin han encontrado los de Estrelles comprador?—preguntó el Marqués.

—Sí, un comprador—dijo suspirando Bachelin—que ha pagado caro el capricho, respondo de ello; pero tenía empeño en adquirir esta posesión, y ha dado por ella una tercera parte más de lo que hubiera podido obtenerse aun vendiéndola á trozos. Es un rico fabricante de París, y hasta me ha dicho que tiene el honor de conocer á la familia de la señora Marquesa. Sin duda por esto busca la vecindad de Beaulieu.

—¿Y se puede saber el nombre de ese caballero?—pregunto la Marquesa con indiferencia.

—Se llama el Sr. Moulinet,—respondió tranquilamente el notario.

En lo que menos pensaba Bachelin seguramente era en el efecto que iba á producir el nombre del comprador de la Varenne. La señorita de Beaulieu se levantó de pronto, mientras la Baronesa, chocando las manos, exclamaba: «¡El padre de Atanasia!»

—En efecto; con el señor Moulinet había una joven á quien llamaban Atanasia,—añadió el notario.—La finca ha sido comprada á nombre de ella, para que figure entre sus bienes propios el día de su boda. Es una renta de treinta mil pesetas, si no suben los arrendamientos, que están baratos.

—¡Ah! ¡Eso es demasiado! ¡Ya les tenéis de vecinos!—añadió la Baronesa,—y Moulinet la va á echar de gran señor. ¡Pobre hombre! ¡Se parecerá á su jardín!

—¡Dicen que es muy rico!—preguntó Bachelin.

—Excesivamente rico,—respondió la Baronesa,—ridiculamente rico. Ahí tienes, querido Octavio, á lo que conducen tus teorías; ahí tienes la aristocracia de la inteligencia: Moulinet es uno de sus más bellos representantes. Los de Estrelles, que han dado á Francia diez maestros de campo, dos almirantes, un mariscal y muchos ministros de Estado; que tienen los retratos de sus antepasados en Versalles y su nombre en todas las grandes páginas de nuestra historia, son despedidos de su palacio por un fabricante de chocolate que jamás ha hecho á su patria un servicio que valga un céntimo, y cuyo nombre sólo figura en los prospectos que se distribuyen por las esquinas. Ahí tienes tu democracia, querido. ¡Vaya! ¡vaya! no me hables de un país donde tales

abominaciones pueden cometerse... ¡Es un país perdido!

—Cálmate, prima mía,—contestó Octavio.—Es deplorable, sin duda, ver á los de Estrelles desposeidos de su palacio; pero, francamente, ¿qué hemos de hacer? ¿Estaría bien quitar al Sr. Moulinet su dinero para enriquecer á nuestros amigos? ¿No sería esto una arbitrariedad? Parece que nada peor podía hacerse, salvo que se le condenara por añadidura á ser quemado por los pies.

—Déjame tranquila. Estás insoportable,—exclamó la señora de Prefont.—Sin duda hablas así para incomodarme, y no crees una palabra de lo que dices.

Y apoyándose en el brazo de la Marquesa se acercó al Barón, que volvía con Felipe.

Clara quedó á la espalda, inmóvil y pensativa. La brusca aparición del Sr. Derblay y de Atanasia Moulinet en su reducida sociedad la perturbó extraordinariamente. Educada en un mundo á cuyo alrededor el rigorista orgullo de sus aristocráticos habitantes ha trazado barreras insuperables, miraba estupefacta aquella inesperada violencia de su retiro. Desde el momento que el Sr. Derblay tan fácilmente entraba en Beaulieu, tratándole todo el mundo como á un igual, parecióle que el antiguo palacio era ya tan del público como cualquier calle, y resolvió contrarrestar la facilidad bastante vulgar con que los habitantes del palacio se

prodigaban á los extraños. Viéndoles á todos tan risueños y afables, tomó ella un aspecto severo y frío.

Sospechaba en lo que ocurría á su alrededor algo inexplicable y amenazador. El prolongado silencio del Duque le alarmaba más de lo que quería suponer, y la actitud reservada de los que la rodeaban, algunas frases sueltas cogidas al vuelo, el repentino silencio cuando se acercaba de improviso y el mayor cariño que le mostraba su familia, contribuyeron á aumentar su desconfianza. Sufrió extraordinariamente, porque su carácter franco y altivo no toleraba la duda, prefiriendo atacar de frente cualquier obstáculo. En esta circunstancia no se atrevió á tanto, porque el amor le hacía tímida, y tuvo miedo de saber que el Duque la engañaba. Avergonzábale la idea de verse obligada á comprobar la indignidad del que amaba; no quiso preguntar, y guardó doloroso silencio. Vióla Felipe impasible y altiva, acogiendo sus tímidos cumplimientos con mal disimulado desdén y fijándose en él lo absolutamente preciso para probarle que su presencia le desagradaba. Desconcertada Susana, y habiendo intentado en vano con dulces palabras desarrugar el ceño de la señorita de Beaulieu, refugióse junto á Bachelin, que le prodigaba su paternal afecto.

Las amables atenciones del Marqués, á quien visiblemente gustaba la gracia sen-

cilla de la joven, recibíólas Susana desanimada y triste, porque sus ilusiones se habían disipado y veía la felicidad de su hermano gravemente comprometida. Su precoz buen sentido le permitió apreciar toda la distancia que separaba á Felipe de la altiva é imponente Clara, y comprendió que sólo un acontecimiento imprevisto podía unir á dos seres tan diferentes. No se desanimó, sin embargo, y cándidamente, con esa fe tenaz propia de los niños, dejó á la Providencia el cuidado de allanar todos los obstáculos.

Influída la Marquesa por los elogios que Bachelín le había hecho de Felipe; encantada por el entusiasmo del Barón, que decididamente acaparaba al dueño de la ferretería, y verdaderamente sorprendida de encontrar junto á su casa un hombre del mérito del Sr. Derblay, llevó su amabilidad hasta el punto de rogarle que se quedara á comer en el palacio; pero alarmada por una mirada terrible de su hija, arrepintióse, dudando de si se habría excedido en la expresión de su simpatía. Su razón, sin embargo, nada le censuró, y atribuyó el descontento de Clara á un impulso de su carácter altivo. Por lo demás, el mismo Sr. Derblay resolvió inmediatamente el conflicto, rehusando con los más finos modales el gran favor que le ofrecía la Marquesa, bajo pretexto de asuntos urgentes.

En realidad tenía prisa por irse. Las dos

horas que había pasado en aquella terraza, escuchando al Barón sin oírle, doloridas las sienés como si se las apretasen con un tornillo, y ofuscado el cerebro por el tumulto de sus ideas, habían sido cruel suplicio, y quiso librarse de él á toda costa. Esta entrevista, tan impacientemente esperada como punto de partida de su felicidad, fué uno de los más duros trances de su vida; y desalentado, abatido, dispuesto á renunciar á sus ambiciosos proyectos, se despidió de los habitantes del palacio.

Clara afectó mirar con tanta indiferencia su partida como había visto su llegada, continuando desdeñosa y muda, y contestando al respetuoso saludo de Felipe con la misma ligera inclinación de cabeza que hubiera podido hacer á cualquiera proveedor de la casa.

La retirada de Felipe se hubiera parecido mucho á una derrota si los aliados que había sabido adquirirse en la plaza no le hubieran prestado útil auxilio. Mostró el Barón en estas circunstancias hasta qué punto puede la pasión modificar los caracteres, pues aquel hombre tan poco expansivo acompañó al Sr. Derblay hasta la verja, estrechándole la mano al despedirse con tanto vigor y franqueza como pudiera hacerlo con un compañero de toda la vida. El Marqués, por su parte, siguió á Susana, probando el interés que le inspiraba las amabilidades que pro-

dirigió al hermano. Cerraba la marcha Bachelín, con su inamovible cartera debajo del brazo. Su carricoche esperaba junto á la puerta pequeña del parque, y el viejo caballo gris, á él enganchado, comía filosóficamente hojas de avellano. Hizo montar primero á Felipe y Susana, mientras el Barón llevaba sus atenciones hasta el punto de tener el jaco por la brida, y el Marqués cambiaba la última sonrisa con la joven. Aplicó Bachelín la fusta al caballo; púsose en marcha el carricoche, y el Barón y el Marqués dijeron con cariñosa unanimidad:

— ¡Hasta la vista!

Con voz trémula, Felipe respondió un ¡jamás! que por fortuna no dejó oír el ruido del carruaje. Volvióse bruscamente el notario.

— ¡Jamás! — repitió — ¡jamás! ¿Qué es esto, amigo mío? ¿Se ha vuelto V. loco? ¿Por qué no volverá V. jamás á Beaulieu?

Al oír Felipe estas preguntas no pudo reprimirse, y, ensanchando el corazón, dejó correr libremente el amargo raudal de sus desilusiones. ¡A qué perseverar en una empresa fatalmente destinada, según todo lo indicaba, á miserable fracaso! ¡Para qué proporcionarse inmerecidas humillaciones y dolorosos pesares! Preferible era renunciar en seguida al intento y cortar el mal de raíz antes de que pudiera extenderse.

— ¡Eh! amigo, — interrumpió Bachelín

con ironía; — ¿qué es lo que esperaba usted? La violencia de sus quejas me permite suponer que tenía V. grandes pretensiones. ¿Pensaba V. que la señorita de Beaulieu le haría, en cuanto le viese, insinuaciones como una modista á un estudiante? En la sociedad en que acaba V. de estar, señor mío, se expresan los sentimientos con extremada delicadeza; ni hay entusiasmos ruidosos, ni antipatías terminantemente declaradas; todo se hace con la más perfecta corrección. Desde el primer momento ha obtenido V. increíbles resultados. La simpatía de los hombres es notoria; el Marqués es ya su amigo, y el Barón se ofrece á ser su preparador en el laboratorio. La Marquesa, en fin, dominada por el general entusiasmo, le invita á comer el primer día de verle, como se hace con un amigo de veinte años. ¿Son, pues, justas sus quejas? Es verdad que la señorita Clara le ha recibido con frialdad, pero ¡no faltaba más sino que se le echara en los brazos! ¡Ah! Usted quiere andar mucho en poco tiempo. Ayer se contentaba con la dicha de verla, de estar junto á ella algunos momentos. Acaba usted de pasar dos horas en su casa, y clama ya desesperadamente, acusando al cielo y á la tierra y prometiendo no volver á pisar la casa. Eso es insensato. En primer lugar, no puede V. dejar de volver á Beaulieu so pena de que se le tenga por persona muy

mal educada. Además, ¿podrá V. dominarse hasta el punto de no querer ver más á la adorable Clara? ¡Ah! amigo mío, usted que ama es feliz; V. es joven, llora, sufre, y es lo mejor que puede sucederle. A todos pasa lo mismo, créame V., crea á este viejo, que, como notario, ha recibido desde hace cuarenta años multitud de confianzas, y que en este momento sólo siente una cosa...

Con rostro animado y brillantes ojos iba Bachelín á hacer alguna declaración curiosa; pero su mirada se detuvo en Susana, que, escuchando atentamente, deshojaba una admirable rosa cogida por el Marqués en la terraza de Beaulieu. Detuvo el notario la frase en los labios, y dió un violento fustazo al jaco, que trotaba con la cabeza entre las patas.

—Créame V., amigo mío, y vuelva á casa de la Marquesa. Dentro de poco sufrirá la señorita Clara crueles penas, y acaso los acontecimientos modifiquen mucho su actitud respecto á V. ¡Ah! ya no dice usted «¡jamás!» Eso vamos adelantando. Mañana dirá V.: «¡siempre!» Hemos llegado á Pont-Avesnes. No entro con VV. porque voy á dar trabajo apremiante á mis empleados... Conque... buen apetito y mil felicidades.

Después de dar el último apretón de manos á Felipe y de besar galantemente la punta de los dedos á Susana, tomó por la

calle principal de la aldea y desapareció al volver la esquina de la plaza Mayor.

Felipe exhaló un suspiro, abrió la pequeña puerta del patio de entrada, é inclinada la frente, siguiéndole su hermana, que respetaba su silenciosa tristeza, entró en la casa de donde había salido dos horas antes con el corazón palpitante de esperanza.

VII.

El castillo de la Varenne es uno de los más bellos edificios feudales que quedan en Francia. Lo construyó Enguerrando de Estrelles, célebre por haber levantado en Bouvines al rey Felipe Augusto, que un piquero alemán derribó del caballo. Este castillo tuvo el honor que se hospedase dentro de sus muros el emperador Carlos V cuando iba al sitio de Nancy. Derribado á cañonazos por Turena en un ataque del ilustre Mariscal contra los imperiales, antes de empezar la sangrienta y salvaje campaña del Palatinado, continuó en ruinas durante los reinados de Luis XV y de Luis XVI.

La Revolución pasó impotente sobre aquellos escombros, porque ningún daño podía hacerse en ellos. Los ciudadanos de Besan-